

**S**E habla y escribe mucho sobre el "desencanto" (1) de los intelectuales comunistas, especialmente de los militantes del PCE, de su retirada a los cuarteles de invierno, etc., llegando incluso a afirmar que "se han desenganchado cuando más falta hacía tirar del carro" (2). Como causa de tal proceder se apunta, por lo general, al "rechazo", por los intelectuales, de la política del consenso practicada por el PCE, y, a veces, como en un célebre artículo de Carlos Borasteros en "El País", a una "tergiversación" de la política del partido por parte de su secretario general, Santiago Carrillo.

No negamos que, a simple vista, por los magros resultados obtenidos, la relación causal consenso-desencanto puede parecer sugestiva, a la hora de explicar el "desenganche", pero para los marxistas, y los militantes del PCE lo son, una respuesta tan lineal resulta difícilmente aceptable, precisamente por lo simple. Y ello porque, además de que la realidad suele ser mucho más compleja, el PCE acababa de "inaugurar" una nueva estrategia basada en la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura y, como es sabido, los intelectuales son los representantes más caracterizados de la cultura.

Parece, pues, que la causa, entendida marxianamente como proceso complejo, debe de buscarse en parámetros que desbordan lo accidental y lo meramente subjetivo.

A la caída del franquismo, el movimiento obrero y democrático, en general, y el PCE en particular, se encontraban ante la tarea inmediata e ineludible, de habilitar nuevos caminos y formas de relación entre los intelectuales y las masas, entre los intelectuales y el partido. Esto suponía la necesidad de afrontar toda una serie de transformaciones "objetivas" y, naturalmente, la disposición, "subjetiva", a depurar modos de ser e instrumentos susceptibles de mantener el diáfragma histórico, orgánico y cultural, que separa los intelectuales del pueblo, la cultura de élite de la cultura de masas, y, correlativamente, al militante "intelectual" del "manual".

Creemos que se debe de subrayar este punto, porque la nueva concepción estratégica del eurocomunismo, su bosquejo inicial, la emancipación de la clase obrera y el socialismo pasaba a través de una revaloración y recualificación de las funciones cognoscitivas del trabajo, del trabajo intelectual, y comprendía también un momento de autonomía del propio grupo intelectual. Una autonomía sin la cual no se podía ver la posibilidad de garantizar ni la ciencia ni la democracia.

A esta altura de nuestro discurso parece necesario hacer un inciso para subrayar que precisamente la importancia teórica de la intelectualidad, y su correlativa creciente importancia "política", exigía la más exquisita prudencia a la hora de tratar la problemática de la herencia teórica marxista y la tesis de la hegemonía política de la clase obrera,

históricamente, el movimiento comunista no ha sido capaz, al menos desde 1922, de valorar adecuadamente a los intelectuales. Esto es, no se les ha valorado adecuadamente como fuerza social especialmente dotada para transformar la sociedad. Como aliado, socio-político, histórico de la clase obrera que, en cuanto técnico y especialista,

desempeña una función de primer plano, es, para decirlo con Gramsci, el "cemento" del nuevo bloque histórico. Un aliado que aporta una metodología especial de trabajo y, además, momentos esenciales a la teoría y práctica de la transformación de la sociedad y que, por lo tanto, requiere, y puede exigir, el ser considerado, objetiva y subjetivamente, en toda su dimensión y con todo respeto. Subrayamos esto, porque los comunistas han considerado tradicionalmente,

repetimos, a los intelectuales militantes como simple agregado cuantitativo, careciendo de posibilidades de participación real, adecuadas a su capacidad de elaboración teórica, cultural y política, y desarrollo para la realización plena de su función transformadora.

La necesaria superación de obstáculos, diafragmas, entre los intelectuales y las masas, entre los militantes "intelectuales" y "manuales", imprescindible para la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, para la emergencia de un nuevo bloque histórico, en fin, para la transformación de la sociedad pasa, o no se realizará, a través de la transformación de las estructuras, incluidas las del partido, y en la aceptación plena del pluralismo cultural "también dentro del partido". Porque es dudoso que, como acertadamente señala Asor Rosa, "la unidad, entendida como palabra de orden de la iniciativa política, pueda ser transferida con peso al campo de los procesos culturales" (4).

Aquí, en esta problemática, y no en el "desencanto", se encuentra el nudo de la militancia revolucionaria de los intelectuales y de la vía democrática al socialismo.

(1) Consideramos que el militante marxista no está "desencantado", por la sencilla razón de que nunca estuvo "encantado". La formación marxista, bien entendida, supone el rigor analítico suficiente como para que no se produzcan "encantamientos" y otras prácticas, más propias de lo religioso que de lo científico. En consecuencia, el militante marxista, y el intelectual más aún, estará cansado, quebrantado, dolido, enfermo, o lo que se quiera, pero no "desencantado".

(2) "La Calle", número 41, pág. 8.

(3) Berlinguer. Discurso en la manifestación sobre el tema "Los jóvenes y la escuela". Roma, 26-XI-1977.

(4) A. Asor Rosa: "Verificiamo i nostri sobami di lavoro", en "Rinascita", número 23, pág. 20. Roma, 1978.

## EUROCOMUNISMO MILITANCIA Y DESENCANTO

Mauricio Pérez

entendida la última en términos de orientación, dirección y organización. Hegemonía que no podía ser puesta en duda, desde posiciones marxistas, si lo que se pretendía era que el nuevo rol histórico de los intelectuales no quedase en una mera posibilidad especulativa y pasase a ser una realidad histórica.

Para el eurocomunismo, el papel y función creciente de la ciencia y los intelectuales está ligado al carácter "nuevo" de su colocación socio-política, de su integración en el bloque histórico emergente, y supone, para decirlo con Berlinguer, "una relación de tipo nuevo entre cultura y producción, entre manualidad y tecnología" (3) y, naturalmente, una reconsideración al interior del propio partido.

Para nadie es un secreto que los comunistas hemos considerado tradicionalmente a los intelectuales como pequeño-burgueses "traidores" a su clase, o capa social, y que su incorporación militante era vista como una simple agregación molecular; no por deseable menos engorrosa. Las críticas de estas camaradas se catalogaban, con demasiada frecuencia, como facundia propia del grupo social, como ganas de sobresalir, cuando no de trasladar su "status" social privilegiado al interior del partido. Muy pocas veces, hay que reconocerlo, se han apreciado sus críticas como una contribución preciosa para salir del sectarismo, del corporativismo clasista. Como una aportación necesaria, imprescindible para dar sustancia teórica a la política del partido.

Los partidos comunistas sólo han visto a los intelectuales como "vendedores" de la mercancía política del partido, como "propagandistas" que, gracias a sus dotes culturales, acertaban a persuadir a los militantes, y a las masas, de lo "correcta" que era la política elaborada por la dirección del par-